

Yo mi querido tío Luis M.^a P.^a
su agradecido y cariñoso sobrino

N. Gascón

(2)

LA MANO DE DIOS.

LEYENDA ORIGINAL

DE

VICENTE GARCINI.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FEDERICO ESCAMEZ.

Calle Jesús del Valle, núm. 15, pral.

1863.

Dedica este pequeño trabajo en
testimonio de cariño a su pri-
ma la Sta. C. de C. su afecti-
simo,

V. GARCINI.



AL LECTOR.

Mostrar los ejemplos sacados de la vida que comprueban claramente la existencia de una sábia y justa *Providencia*, creo sea trabajo noble y digno de ocupar una parte de nuestros ócios.

El hecho que en la leyenda LA MANO DE DIOS voy á contar, no es de esos que inventa la imaginacion de un poeta.

Contad este suceso á jóvenes y ancianos del pueblo de Aljalvir, y pronto recordarán con horror todas las circunstancias que vamos á exponer al lector.

Nada es hijo de la inventiva, todas las circunstancias son las que tuvieron lugar.

Á la temprana edad de ocho años presencié el acto de encontrar el cadáver de una anciana octogenaria con veinte y dos puñaladas; entonces oí de todas las bocas lo que voy á trasmitir al lector, y desde aquella época tengo siempre presente la imágen del cadáver de aquella anciana en cuyos brazos habia estado tantas veces.

Siempre que el escepticismo ocupaba mi corazón el recuerdo de aquel hecho reanimaba mi fé.

No soy por tanto el poeta que crea, soy el narrador que cuenta. Cumplo un deseo que tenia desde niño, pues siempre ha estado fijo en mi mente el horrible fin de *la tia Maria*. Nunca se apartarán de mi memoria sus caricias, y nunca tampoco el horrible estertor de su agonía.

Y por si alguna vez, lector querido, se te ocurre hacer un viaje de *Aljalvir á Paracuellos de Jarama*, y conservas un recuerdo de esta historia, sabe: que en una gran hondonada que forman dos cerros como á la mitad del camino, verás, el vestigio que indica la existencia en tiempo no lejano, de una de esas cruces que la piedad cristiana so-

lia clavar, para que sirviesen como de aviso al caminante descuidado, allí donde acaecia un suceso siniestro. Pues bien, recuerda al verlo que en ese sitio tuvo lugar el hecho de que voy á ser historiador.

LA MANO DE DIOS.

PARTE PRIMERA.

EL CRÍMEN.

I.

En una clara noche
De alegre primavera,
Brillaban en el cielo
Sin número de estrellas.

¡Qué nubecillas suaves
Al firmamento trepan!
¡Cuán hórrido silencio!
¡La calma solo impera!
Si algun ruido se hiciese
Ni aun eco respondiera.

Su luz pálida y triste
 Reflejan las estrellas,
 Y al lado de nosotros
 Las sombras que proyectan
 Las matas y las plantas,
 Los árboles y peñas,
 Parece que nos siguen
 Persiguen y rodean.
 Obsérvanse á lo lejos
 Las casas de una aldea
 Que cubre denso manto
 De sombras y tinieblas.

.....

.....

En medio de la calma
 Un leve ruido suena
 Y un hombre con sigilo
 Salía de la aldea.
 Marchaba silencioso
 Y andaba muy de priesa.
 Á todas partes mira
 Cual si alguien le siguiera,
 Mas... ¿Qué es lo que le sigue?
 Le sigue... *La conciencia*
 La cual fué dada al hombre
 Por dulce compañera,
 Que rija sus acciones
 Gozándose en las buenas,

Y entonces le acusaba
Del mal que hacer intenta.

¡Qué bello es el susurro
Del suave aire que vuela
Y entre las verdes hojas
Tan bullicioso juega!
Mas él de esto se asusta
Y vuelve la cabeza,
Torciendo la mirada,
Camina mas de priesa.
Le asustan ya las sombras,
Le asustan las estrellas
La luz tambien le asusta,
Le asustan las tinieblas;
En fin, todo le asusta,
Ó en todo su conciencia.

.

.

Por fin llegó á unas zarzas
Quedando oculto en ellas.

II.

La luz clara y brillante
De estrellas que relumbran
Y límpidas alumbran
La inmensa oscuridad,
Se empaña, palidece,
Y empieza á replegarse
Por ver adelantarse
Rojiza claridad.

—
La aurora luego sale
Mostrando su belleza ;
Su velo de grandeza
La noche pierde ya ;
Flamígero se muestra .

Magnífico el Oriente,
Que el carro refulgente
Comienza á iluminar.

¡Qué dulce es la mañana!
¡Qué hermosa primavera!
Ofrece la pradera
Encantos mil y mil;
Las auras y las brisas,
Los plácidos olores,
Los cantos seductores,
De pájaros sin fin.

El sol ya se mostraba
Y sale de la aldea
Que allá lejos blanquea
Y empieza á caminar,
Humilde y pobre anciana
Con paso muy ligero,
Y ya por un sendero
La vemos acercar.

Vestida pobremente
Y en un palo apoyada,
Espresa su mirada
La mas grande bondad.
Respeto nos inspira
Su pelo encanecido,

Su rostro consumido,
Su pobre ancianidad.

—

Prosigue caminando
Absorta, ensimismada.
Del frío maltratada
Un rato se paró;
Su marcha continúa,
Tranquila, indiferente,
Llegando finalmente
Do el hombre se ocultó.

III.

Caminaba la anciana muy despacio
Cantando alegremente,
Cuando un ruido sonó, que parecía
Al que hace una serpiente,
Cuando se acerca cautelosamente.
Ella ni escucha el ruido,
Mas se detiene á respirar un rato,
Que el cuerpo de cansancio ya transido
Le impide caminar.
Cerca de una retama recostada,
Intenta descansar;
Y á poco blando sueño,
Que es plácido beleño
Del cuerpo dolorido, cuando el alma
Gozando está de calma,
De la pobre mujer vela los ojos,
Que tiene su cabeza sobre abrojos,
Tan bien, tan reposada,
Cual sobre blanda pluma,
Ó divan oriental, ó fina almohada.

El ruido que se oía
Acercándose á ella se aumentaba;
La mujer se despierta, y dó salía
Dirije su mirada;
Y vé que aquel malvado
La amenaza y se acerca acelerado.
Entonces asustada
Quiere gritar, pero su voz espira;
Quiere correr, y cae desesperada,
Y el asesino en tanto
Con paso lento que terror inspira,
Acércase á la anciana,
La roba, la asesina,
Y luego muy de prisa
Se aleja con sardónica sonrisa.

IV.

Presencia horrorizado
El crimen alevoso
Un viejo ya achacoso
Sencillo y buen pastor.
Su corazon honrado
De rabia ya deshecho,
Mostraba su despecho
Rugiendo con furor.

Corriendo velozmente
Cruzaba la pradera,
Cual irritada fiera
Que ataca al cazador;
Mas llega luego á un cerro,
Tropieza en una mata
Y cae, y se maltrata,
Y llora de dolor.

Miróle el asesino
Bajar desde la peña,
Y al ver cual se despeña
Reíase cruel;
Diríjese al anciano
Que teme al asesino
Como á un lobo dañino,
Y huir intenta de él.

Y escucha estas palabras
Que aquel mónstruo decia:
«Pobre de tí si un dia
Dices quien la mató;
¡Viejo!... si me descubres,
Aun siendo encarcelado
Con hierros sujetado,
Si no te mato yo,
Otro lo hará por mí;
¡Cuida que si sabe... ay de tí!»

V.

Escapa el asesino, corriendo velozmente
Y vuelve la cabeza, creyendo van detrás;
Mas ¡ah! lo que le sigue ha de ocupar su mente;
Ni en día, ni en la noche, le dejará jamás.

Del crimen horroroso tendrá *remordimientos*,
Las penas mas terribles su pecho sufrirá,
Y el alma dolorida no lanzará lamentos,
Y mártir de su crimen por siempre vivirá.

Por fin, en su carrera de vista ya se pierde;
El pobre viejo herido retírase á curar;
La pobre anciana yace tendida por el verde,
Los ojos entreabiertos con hórrido mirar.

El sol sale y derrama mil rayos relucientes,
Y toda la natura comienza á renacer;
Despues los labradores, que salen diligentes,
Al aire alegres daban sus cantos con placer.

Mas luego los zagales sencillos y contentos,
Ya llegan reunidos al tétrico lugar,
Domiran una anciana que muere por momentos
Y que por fin espira sin que pudiera hablar.

—
Ya cunde la noticia, ya corren y se mueven,
Y todos se acercaban mirando con terror
Aquella desgraciada, y todos se conmueven,
Y vuelven la cabeza, y lloran de dolor.

VI.

Para triste recuerdo constante
Del crimen que al mundo aterraba,
De madera una cruz se elevaba
De la anciana se halló palpitante.

LA EXPIACION.

PARTE SEGUNDA.

I.

En vez del asesino,
Otro que era inocente fué culpado
Y en una oscura cárcel encerrado.
¿Pero cómo, Señor, tú que eres justo,
Y grande y poderoso,
Permitiste que el bueno
Sufra tormento duro y espantoso?
Mas tente lengua impía,
¿A dónde llega la locura mía?
¿Las obras de mi Dios juzgar pretendo
Cuando débil mortal ni las comprendo!
¿Ah triste vicio humano
De juzgar en tu orgullo vanamente,
Lo que Dios soberano
Ha dispuesto tan bien y sábiamente!
¿Pero cómo, Señor al virtuoso
Sufrir haces la pena?
¿Quieres probar acaso al valeroso
Haciéndole arrastrar una cadena?

¿*Su libertad* le quitas Dios piadoso?
 ¿Ese derecho que todos ansiamos
 Y sin el cual la vida casi odiamos?

.....

Cual yo tu lector mio,
 Tal vez aquesta reflexion hicieras;
 Mas siguiéndome al triste calabozo
 De haberla hecho cual yo te arrepitieras.
 Marchemos con valor á la morada
 Del que aparece criminal al mundo:
 Un aire nauseabundo
 Vamos á respirar desde la entrada;
 Y atravesando tristes aposentos,
 Oigamos los lamentos
 De aquel preso infeliz.

Allí se nos ofrece
 Un cuadro que estremece;
 Terrible su conciencia
 Al que antes á mi vista era inocente,
 Hace que incline con rubor la frente;
 Y trae á su presencia
 Mil fatidicas sombras;
 Luego á sus ojos de terror vidriados
 Los mártires por él asesinados
 Presenta con furor, él anhelante
 Blancos los ojos, lívido el semblante,
 Pide perdon blasfema,

Tan pronto invoca á Dios, como le ultraja,
Y dice estas palabras en voz baja:
Fuí criminal terrible,
Mas supe mis maldades ocultar;
Y es pena bien terrible
El que me hayan llegado á aprisionar
Por un crimen que yo no he cometido;
¡Mas ya por el dolor estoy vencido,
En vano lucho para ser valiente!
Por mi crimen ha muerto un inocente,
Ahora, Señor, por él la muerte espero,
¡Desgraciado de aquel por quien yo muero!

II.

Un dia del mes de Mayo
Límpido el Sol se mostraba,
Y luciente se elevaba
Derramando rayos mil,
Al par que las brisas juegan
Con las hojas de las flores
Robando suaves olores
Al pintoresco pensil.

En medio de tal belleza,
De tan sublime armonía,
Y de la pura alegría
Que tiene naturaleza,
Está un pastor meditando
Sin cuidar de sus corderos,
Que por floridos oteros,
Alegres van retozando.

Su pelo está encanecido
Y agitado su semblante,
Que parece algo anhelante
Por un secreto temor.

Sobre su curtida mano
Tiene su frente apoyada,
Como si el alma embargada
Estuviera del dolor.

Bajo aquel aspecto rudo
Se retrata *escepticismo*,
Y el *desengaño* un abismo
Abre á su cándida fé,
Desprecio muestran sus lábios
Que se encuentran contraídos,
Y sus ojos distraídos
Buscan sin saber el qué.

Es de duda trance fiero
De la sabia Providencia,
Y aun tambien de la existencia
Dudando está del Señor;
Todo lo que él ha creído
Tal vez piensa que es mentira,
Tal vez de aquello que mira
Duda en medio del dolor.

III.

Levántase el anciano,
Dirige al cielo su callosa mano,
Y dice estas palabras conmovido:
«En este mismo sitio, hoy hace un año
Presencié confundido
El crimen horroroso,
Del que libre pasea,
Y vive, come, bebe y se recrea;
Me amenazó sí yo le descubría
Con venganza terrible;
Y yo por cobardía
Callé.... ¿Mas es posible
Que impune haya quedado
El crimen de aquel hombre tan malvado?
¿Dónde está la justicia?
¿Es por ventura el mundo
De crimen, de avaricia,
Maldad y vicio cenagal inmundo?
¿No hay un Dios que castiga á criminales?
¿No hay un Dios justiciero?
¿Los hombres matarán impunemente
En medio de un camino,

Sin que exista algun Dios que Omnipotente
Castigue al asesino?

¿Mas á qué nombre á Dios? ¿Acaso existe?

¿Existe todo aquello que veia

Mi loca fantasía?

¿Un Dios omnipotente, justiciero,

Que al mundo rije con eternas leyes

Ser sábio y poderoso, rey de reyes?

No, mentira, nada existe: solo el bueno

Siempre crédulo espera,

Hasta que apure el mortífero veneno

Del desengaño en la fatal carrera.

IV.

Se calla el pobre viejo;
Levántase indignado,
Y luego su ganado
Se da prisa á juntar,
Al valle se dirige
Que fresca yerva ofrece
Y el verde que allí crece
Le dá luego á pastar.

Entonces su mirada
Dirije al pueblo hermoso,
Su pecho generoso
Palpita ya de horror;
Pues ha visto á lo lejos
Al hombre tan malvado,
Que viene descuidado
Mirando al buen pastor

V.

En su mula
Va montado
Mas turbado
Del temor,
Acercándose
Anhelante
Con semblante
De terror.

—
Siente frio,
Marcha inquieto
Sin objeto
Por allí,
Y los ojos
Tiene hundidos
Dirijidos
Hacia sí.

—
El andando
En su agonía
De este dia
Ódia la luz,
Pero llega
Finalmente

Casi enfrente
De una cruz.

—

Cruz humilde
Que es tormento
Muy cruento
Para él,
Cuando llega
El viejo airado
Y el ganado
Con tropel.

—

La mula
Se espanta,
Ya corre,
Ya salta,
Y brinca,
Y se afana,
Y al fin
Irritada
Despide
La carga.

—

Del cuerpo del hombre,
El craneo choca
Con frígida roca
Do estaba la cruz.

VI.

El anciano se acerca al que yacia
Sobre la dura piedra, y luego esclama;
Santo Dios, perdon—al insensato
Que en tu santa justicia no esperaba,
Tu poder infinito ya no dudo,
Y aun cuando sea la justicia humana
Incompleta, dejando tanto crimen
Que castigar no sabe en su ignorancia:
Existe otra poderosa, justa,
Que todo lo vé, infinita, sabia,
Que existe en todas partes inflexible:
¡¡ Es de Dios la justicia sacrosanta !!

